

Defensa del trópico ⁽¹⁾

Por Benjamín Carrión

La voz multimillonaria de la gratitud indohispánica, que alguna vez toma el acento de Montalvo, caudaloso como rumor de río gigante, otra, el acento de sonoridades épicas de José Martí, o el apostólico y sereno de José Enrique Rodó, para la egregia loanza en prosa magistral; o que se sublima a las excelsitudes del ritmo, para ser Olmedo, el Cantor de Junin, la voz multimillonaria de la gratitud indohispánica, que es grito de piedra y bronce en los monumentos inmortales de Bogotá, de Caracas, de Quito y de casi todas las capitales del continente nuevo, o plegaria de niño en la escuelita aldeana; la voz inmensa de la gratitud de los hombres libres del mundo, ha recorrido todas las gamas de la lira en el cántico para, como en la revelación de Isaías, proclamar tres veces libertador al Padre de seis patrias.

Así, pues, intentar el loor inédito de Bolívar, es tarea para la que no tengo fuerzas en mi voz, y que doblega, con su gravidez, las potencias de mi espíritu.

Mas, perteneciendo yo a una generación de hombres que tiene entera por delante la responsabilidad de la obra aún no realizada —pero que hay que realizar— he sentido el deber de meditar un poco, para decir unas palabras que, inspiradas por la sombra protectora del Americano Máximo, se refieran más bien a alguno de los caminos de nuestro futuro, previstos por el genio del gran creador y orientador de pueblos.

* * *

Somos tierras de trópico. Orgullosa, altivamente, debemos proclamarlo. Hora es, yo pienso, en que debemos reaccionar contra las vanidades del descastamiento, que quieren llevarnos a renegar de lo más noble, de lo más auténtico que hay dentro del concepto de patria: el clima. El clima que es paisaje, que es luz, que es alimento. Recordemos que nada es más infecundo que, llevados de un imitacionismo infantil, demos un tono despectivo a la palabra tropical, la más nués-tra de las palabras del diccionario español.

(1) Discurso pronunciado al ser recibido como miembro de la Sociedad Bolivariana de Colombia.

Hace algunos años, en el prólogo de mi libro "Creadores de la Nueva América", Gabriela Mistral, sacerdotisa suma de las Américas, con su voz de alturas y profundidades inauditas, sincera y fuerte, segura con el derecho que da la posesión de la verdad, dijo:

"El trópico es el cielo verdadero, el único cielo-cielo; el trópico es la fruta óptima: piña o mango admirables; el trópico es el árbol casi humano que se llama del pan, el bananero que, él solo, puede alimentar gentes; y el río que no debiera llevar nombre, el Amazonas, cuyas cuatro sílabas hacen un horizonte de agua poderosa. Pero, nos contestan, ¿y el mosquito, y la víbora, y otras bestias que un maniqueo atribuiría a una paralela creación demoníaca? Ah!, es que se pagan de algún modo esos colores, y esos olores y esas excelencias sobrenaturales de un suelo, y se muerde la pitaya, que es la mejor púrpura, durante una vida, aceptando que alguna vez la cobra nos pruebe la sangre."

"Aparte de que el trópico malo, el de la fiebre palúdica y el cacique matón —nuestros dos descréditos mayores— va raleando o retrocediendo, se ha de acabar el trópico del afiche odioso, que contiene alacranes, soldadesca prongosa y pereza; entonces, ¡qué tierra de aire vegetal como para que vivan en ella los mejores hombres de este mundo!...."

Este trópico nuestro, que exaltara Gabriela, al transmutar en hombres su sol, su aire, sus frutas, infunde en ellos un atributo que es casi divino, siendo profundamente humano: la pasión. No la pasión que ciega sino la que, dando el tiempo más corto a las sutilezas del análisis, impulsa a realizar, a crear, a vencer. No la pasión que tiene como único desemboadero la violencia, sino la que sabe descubrir las rutas de lo bello, lo bueno, lo justo para seguir valerosamente por ellas, venciendo prejuicios y derrotando obstáculos.

Simón Bolívar, el creador de pueblos, es el tropical excelso, el paradigma más alto del hombre de la zona tórrida. En él lograron nuestro sol y nuestra tierra su realización más perfecta. Es el florecimiento más rico de nuestro clima milagroso.

Tropical, cuando jura la libertad de un mundo en el Monte Sagrado. Tropical cuando delira sobre el Chimborazo. Tropical, cuando, combatido por el trópico y los hombres, sólo piensa vencer, en Pativilca... "La libertad encendió en mi seno este fuego sagrado", dijo en Caracas el 2 de enero de 1814, con frase de valor esencialmente tropical....

Por eso, Bolívar no es, no podía ser, como Alejandro o César, un conquistador. Es la expresión suprema del cálido apa-

sionamiento desinteresado: el Libertador. Por eso, se apasionó de un bien humano de valor universal: la libertad. Libertad de unos pueblos frente a otros pueblos, que tiene un nombre glorioso: independencia. Libertad de unos hombres frente a otros hombres, que tiene un nombre también glorioso: democracia.

Sería una irreverencia abrir de nuevo a prueba la causa diáfana del republicanismo diamantino de Bolívar; bien sabemos que, desde su altura moral, rechazó las incitaciones tentadoras de un trono: "Nunca, os lo juro, ha manchado mi mente la ambición de un reino", dice entristecido y grave, al despedirse... Nutrido su espíritu de las bellezas de la democracia, bebidas en las fuentes primarias de Grecia y Roma, su sensibilidad de tropical amaba con igual fuego la libertad y la igualdad. Nadie ignora que el mismo hombre que afirmó: "aspiro a un destino más hermoso: derramar mi sangre por la libertad de la patria", proclamó también, con igual énfasis: "Nadie puede romper el santo dogma de la igualdad".

Y como sublimación y cifra de su fe en la democracia, recordad sus palabras de definición suprema de su ambición y de su obra: "Si merezco vuestra aprobación, habré alcanzado el sublime título de buen ciudadano, preferible para mí al de Libertador, que me dio Venezuela, al de Pacificador, que me dio Cundinamarca, y a los que el mundo entero pueda darme".....

* * *

Señores: que Bolívar, cuyo espíritu creador y tutelar está presente en nuestros pueblos, hijos de su pasión genial, nos defienda de dos peligros grandes que pueden amenazarnos: por una parte, la subestimación desdeñosa de nuestra primordial matriz nutricia que es el clima; y por otra, el enrarecimiento de nuestro indispensable clima espiritual: la democracia.

Que amparados por la sombra vigilante de Bolívar, el gran tropical y el gran demócrata, sigamos cultivando —al mismo tiempo que nuestros nobles frutos cálidos, que nos reclaman nuestros hermanos los hombres de las zonas templadas: el café, el cacao, el banano, la caña de azúcar— sigamos cultivando, digo, nuestra pasión de hacer, nuestra imaginación para iniciar.

Que amparados por la sombra tutelar de Bolívar, el gran tropical y el gran demócrata, podamos todos los pueblos hijos de su genio, tener el pan nuestro de cada día, para nuestra hambre perenne de libertad y de igualdad y de justicia.

BENJAMIN CARRION